

PLÁTICA DE DESPEDIDA

Esto es lo que tienen las cosas del mundo, por buenas que sean. Todas las cosas, aún buenas, tienen una cosa mala: que se acaban. Esto se acaba... De modo que aunque busquéis las cosas más placenteras y más alegres y todo lo que sea, siempre tienen una cosa mala... Cuando más estamos paladeando el caramelo de la felicidad... se acaban las cosas. Esto se ha acabado. Y se acaba lo bueno y se acaba lo malo...

Y como ahora tenéis que bajar la cuesta y las que aquí habéis pasado ocho días de cielo tenéis que entrar otra vez en el trajín de la vida y en la lucha... (es esa horrible lucha) no tengo más remedio que deciros unas palabras del Señor, -que están aquí, en el Evangelio- y aplicaros (en sustancia, al menos) todo lo que estas palabras y este pasaje significan, en el Evangelio.

Voy a leeros para que vayamos así más al detalle y más unidos al Evangelio. Es el Evangelio de San Lucas que dice así:

Después de haber hecho la elección de los apóstoles (y ya llevaba bastante tiempo predicando el Evangelio) dice que designó setenta y dos discípulos de Jesucristo, -de los cuales habían ido alguna vez- y los envió dos a dos a toda la ciudad a donde Él tenía que ir. De modo que antes que Él fuera - (por eso dice delante de Él, antes que Él, como anunciando su venida)-, envió a los setenta y dos, dos a dos, a aquellos lugares y pueblos a donde Él había de llegar. Esto más tiene aplicación enorme para vosotras, amadísimas mías.

Jesús, -como entonces, ahora-, está deseando llegar a muchas ciudades y a muchos pueblos y a muchos corazones a los cuales tal vez no llega porque no hay quien vaya delante de Él preparándole el camino.

Porque si la Providencia, -aun para venir a este mundo- Jesucristo, primero vino anunciando su llegada la profecía ya desde los siglos anteriores... y en los mismos días en que Él llegaba, envió un enviado especial -que era San Juan Bautista- y San Juan Bautista fue precisamente aquel que anunciaba la llegada del Mesías y por eso le señalaba con su dedo... Esta es la Providencia... Quiero que haya alguien que le anuncie, para que Él pueda llegar así, por camino expedito y completamente preparado antes. Pues bien, dice aquí: "Envió dos a dos a los discípulos a toda ciudad y a todo pueblo a donde Él tenía ya resuelto llegar".

He ahí vuestro apostolado, amadísimas mías. Ese es vuestro trabajo principalísimo. Las almas enamoradas del Señor, los corazones consagrados a Él, - como los profetas, como San Juan- que habéis bebido en este destierro santo la inspiración y la gracia... las gracias, las manifestaciones y al amor, y preparando de esa manera vuestros corazones -como Juan- saldréis ahora a la ribera del Jordán... saldréis al mundo, a anunciar la venida de ese Señor... Porque bien sabéis vosotras

que los corazones (al menos muchísimos) no están dispuestos para recibir a Jesucristo, y es preciso que nosotros preparemos los caminos de Él.

¡Cuántas veces Jesús ha llegado a un alma porque allí ha llegado otra alma! ¡Cuántas veces se debe la conversión de una persona y de una amiga, porque otra amiga ha preparado aquel terreno!

Y, ¿cómo habéis de hacer esto? “Jesús como angustiado y lamentando precisamente la abundancia de la mies (es decir: que hubiese mucha mies y pocos operarios) manda rogar...” Es la primera cosa: que roguemos al amo, al Señor de la mies, para que envíe operarios a su mies.

El primer trabajo vuestro, por consiguiente, es pedir operarios... para que el Señor envíe operarios... Es la oración por las almas y la oración por la conversión de los pecadores. Rogando, nada más, Dios Nuestro Señor multiplica operarios y hace que esos operarios den en el corazón y se conviertan.

Tal vez muchos de los que estamos hoy aquí debemos la gracia de estarnos aquí porque alguien ha pedido por nosotros y ha venido delante del Señor anunciando su venida. Fijaos...: son maestros... son confesores, son tantas personas y circunstancias que el Señor envió y preparó para después venir Él y posesionarse de esos corazones.

Por eso no de repente; en general se verifican esas entregas de las almas a Dios porque delante ha enviado a alguien... una persona o un acontecimiento para disponer los corazones.

Y dice después: (¡esto sí que es para vosotras!) “Id solos... -por consiguiente, dos a dos-, por el mundo... Yo os envío como corderos entre lobos”... Y si esto decía el Señor, entonces, en aquel tiempo en el cual, naturalmente, había mucha corrupción y había malas disposiciones por parte de muchos corazones; pero, seguramente no habría santísimas ocasiones y peligros como actualmente existen -y dentro de las cuales vivimos nosotros- y si a pesar de eso, allí decía Él: “Yo os envío a vosotros como corderos entre los lobos...” ¡Con qué propiedad y con qué verdad podemos decir y puedo decir yo, hoy, a vosotras, en nombre del Señor, amadísimas mías: ¡A vosotras yo os envío en nombre del Señor y os envío a ese mundo... ese mundo corrompido y peligrosísimo porque está contagiado por completo de todo pecado, de todo vicio y de toda corrupción, y es como si verdaderamente fuese una selva, donde están al acecho fieros lobos rapaces para echar su presa y devorar a los pobres corderillos que se apacientan en las praderas!

Vosotras sois esos corderos... Corderos verdaderos, así, criados en el regazo del Buen Pastor... y estos días, precisamente regalados de una manera especial en el Divino Corazón. Corderos que habéis bebido la leche de la verdad, de la gracia, de la caridad y del amor. Corderos de lana blanquísima... blanquísima... porque la habéis purificado en las brisas de estas alturas, a los pies de esta Virgen Santísima y porque

realmente vuestro corazón es como esos corderos de blanquísima lana, porque lleváis el sello de la virginidad en el fondo de vuestros corazones.

Corderos inmaculados... corderos purísimos... corderos purificados estos días, más todavía en este recinto y que habéis alcanzado en esas cascadas (?) divinas toda la esbeltez, toda la belleza, toda la hermosura, toda la claridad, toda la blancura posible aquí abajo.

Corderos... corderos inmaculados... corderos sin mancha... ¡sin mancha!... porque toda mancha, todo, absolutamente todo, ha desaparecido y habéis conseguido, por consiguiente, esa hermosura divina que ha rodeado vuestra alma y ha penetrado en vuestro espíritu.

Corderos mansos... porque no sabéis defenderos... como no saben defenderse los corderos. Corderos sin defensa... y, sin embargo, corderos que tenéis que lanzaros a un mundo lleno completamente de fieras, de lobos, que pueden cebarse en vosotras y destrozarnos por completo, si no el cuerpo, al menos el alma, y tal vez el alma y el cuerpo.

Y, sin embargo, no hay más remedio... tenéis que ir a ese mundo porque ese es vuestro destino, y como Jesucristo, -tal vez-, con toda la amargura de mi corazón tengo que decir: "Tengo que enviaros... tenéis que bajar de esta montaña a ese mundo perdido... a ese mundo corrompido... a ese mundo, tenéis que volver. Y yo os envío como corderos entre lobos".

Sin embargo, así como allí, Jesús, tenía providencia con ellos y a pesar de enviarlos entre los enemigos, tenía perfecta seguridad de que por su parte al menos los había de defender de toda ocasión, de todo peligro, y de toda asechanza de los enemigos... cuando Jesús os envía, Él tendrá providencia, él tendrá cuidado de vosotras... Él, por consiguiente, estará siempre a vuestro lado para defenderos en todos los asaltos y persecuciones.

Sin embargo, hay una cosa: Jesús os envía y os envía al mundo, como corderos entre lobos; pero sin embargo os dice que seáis prudentes como las serpientes y simples y sencillas como las palomas. Y no hagáis imprudencias, y no os metáis donde nadie os llama. Vais al mundo; pero pensando siempre que sois corderos entre lobos, y que por ninguna razón podéis estar entre los lobos y exponeros a sus dientes. Hay que andar, por consiguiente, con esa prudencia, yendo solamente allí a donde la obediencia, a donde la voluntad de Dios, a donde el celo por la gloria de Dios os envían los que están sobre vosotras; pero por curiosidad, por imprudencia vuestra, no podéis exponeros a los peligros del mundo, sino en tanto en cuanto hay una obediencia que os obligue; pero entonces, cuando hay una obligación que os obligue podéis contar hasta con milagros. Pero si vosotras por vuestra propia voluntad, sin que nadie os mande, os exponéis y os metéis a donde no debéis, no esperéis entonces el milagro de Dios, porque Dios entonces no os asistirá, sino que os dirá que no debierais haber expuesto vuestra alma en ese peligro. Por eso... corderos entre lobos, con esa prudencia, como la serpiente y con esa sencillez de vida.

Id, sí, como simples corderos; pero no llevéis demasiados atavíos. Dice aquí que vayan desnudos, sin preocuparse demasiado de excesivas cargas.

“No llevéis saco ni alforja... etc.” Con lo cual da a entender que no nos preocupemos demasiado de las cosas que tenemos que poseer para vivir; que la Providencia está con nosotros y que nosotros tengamos más bien un espíritu de desprendimiento, (que es lo que estos días hemos recalado tanto).

Vivamos una vida sencilla y modesta sin cargar demasiado ni nuestro espíritu, ni nuestro cuerpo. No llevemos nada... Llevemos, por consiguiente, la desnudez del corazón, el desapego de las cosas, para que estemos completamente unidos a Dios.

Y después, no nos juntemos con los enemigos de Dios y de nuestra alma. Aquí, el Señor, es radical. “No saludéis a nadie... -¡ni a nadie!- en el camino”; y después volverá a decir que con nuestros enemigos no partamos ni el pan. Es decir. Manda que andemos completamente apartados de los enemigos. Hay muchas personas que si fuesen lobos exterior e interiormente, y aparecieran como son, huiríamos de ellos; pero desgraciadamente en el mundo existen lobos vestidos de corderos y como vosotras sois corderos inmaculados, se juntan con vosotras y vosotras creéis que son corderos como vosotras.

Por eso... ¡tened mucho cuidado! No os unáis... no saludéis... no os hagáis amigas de los mundanos... Es decir: no vaya vuestro corazón, sin más, a contraer amistades con personas que no conocéis, porque pueden ser lobos cubiertos con piel de oveja. Por eso, andad huyendo siempre... porque estáis en el mundo y el mundo está lleno de lobos.

“Si vais por ahí -dice- si vais por ahí y no os quieren recibir (es decir, estas personas que se ríen de vosotras, que dicen que sois demasiado dadas a la iglesia y que por qué tan reñidas del mundo y de la sociedad, y que se ríen de vuestra conducta y de vuestro comportamiento...) Por consiguiente, ese mundo que no quiere recibiros, que no quiere recibir vuestra conducta y vuestra enseñanza, que no os quiere imitar, que se ríen de vosotras... de esas personas dice el Señor: “Salid de ahí, salid enseguida y hasta el polvo que se os ha pegado al calzado en esos lugares, sacudidlo”.

Realmente, esto es una cosa muy radical. Por algo lo diría el Señor... Y es preciso que tengáis también vosotras esta misma conducta de vida. No empecemos a contemporizar con las criaturas. Hay que poner un límite por el cual no pueda pasar nunca un alma consagrada a Dios, y por lo mismo es preciso que tengáis una entereza tal, que si realmente sabéis que en el pueblo donde estáis se ríen de vosotras y de vuestra conducta, vosotras huid y no queráis nunca nada con ellos. Es decir: hay que ponernos en una situación tal, que antes de empezar a condescender con el mundo, estéis completamente dispuestas a cortar por lo sano y a conservaros en vuestra conducta, en vuestra vida inmaculada, en esa vida pura, santa, inmaculada, de corderos inocentes, blancos, para recrear al Señor, porque para eso sois.

Y añadió después: “El que os oye, me oye a mí y el que a vosotros os desprecia, me desprecia a mí, y el que a mí me desprecia, desprecia a Aquel que me ha enviado”.

Es decir: que el Señor precisamente quiere que vosotras seáis las que llevéis la doctrina de Jesucristo y que aquellas personas que a vosotras oyen y os imitan en vuestro modo de ser, aquel que os sigue a vosotras y os oye a vosotras, dice Jesús: “Me oye a Mí”.

Es decir: sois vosotras el modelo, el dechado; sois, por consiguiente, el Dios visible al mundo de hoy, ----- y por consiguiente Dios, muchas veces, se hace visible por medio de las almas y no solamente de nosotros, sacerdotes, sino de vosotras las almas y por eso la virtud se transparenta y se hace bella, y hermosa y atrayente al través de un alma encantadora. Y vosotras con vuestra conducta, con vuestra vida, ponéis visible la caridad, la modestia, el amor, la pureza; hacéis ver esas virtudes que hoy el mundo pisotea.

Por eso, si a Él no le quieren oír, os oirán a vosotras. Si a vosotras no os oyen, tampoco oirán a Dios nuestro Señor.

Por eso es preciso que nos apartemos, y bajemos esta montaña y vayamos al mundo y quede flotante este pensamiento, que es el que flota en el Evangelio: “Como corderos...” etc. Es triste verdad; pero verdad grande, que tenéis que vivir como corderos entre lobos. ¡Cierto! Lobos que nos rodean en todos los lados donde menos lo pensamos... No solamente en las montañas, y en las playas, y en las plazas, sino hasta en nuestra propia casa... hasta en los mismos hogares se han presentado ya los lobos cubiertos de piel de cordero... Vivís, por consiguiente, rodeadas de lobos y sois corderos y tenéis que ser corderos...

No consintáis nunca con sus máximas; que si quieren destrozarnos, nos destrocen la vida corporal. ¡Ay! hermanitas. Mucho mejor fuera que vinieran de las selvas estas fieras, estos lobos que se ceban solamente en la carne, para nutrirse y para comer... sería mucho mejor que cayeseis en las garras de los leones y de los tigres, como cayeron las Inés y las Cecílias en las arenas del circo de Roma, porque ellos se cebaron en el cuerpo; pero con la sangre que arrancaron de las venas de esas vírgenes no hicieron más que pintar el estandarte de su mismo triunfo. Es mucho mejor que os devore una fiera, que no estas fieras humanas que no van a cebarse en la carne para comer, sino en la concupiscencia verdaderamente bestial, y que cogiendo la virtud, destruyen el alma y el candor de la belleza divina que Dios mismo ha impreso en vuestros corazones.

Pero... ¡confiemos en el Señor! Dios es el que nos envía. Es Jesús el que nos envía... ¡confiemos en Él! No os apartéis de Jesús, porque si con Jesús vais, no hay fieras que puedan con vosotras, y triunfareis por eso. Id con Jesús... Decid, por consiguiente, al Señor: “Nos mandas ir, iremos a donde nos envíes, con tu bendición y tu gracia; pero Señor, ¡no nos abandones!... ¡Quédate con nosotras! ¡Acompáñanos

en la vida, acompáñanos en las peleas y luchas de la vida, para que un día saboreemos el néctar suavísimo de la miel de tu Corazón, en el que nos embriagarás por toda la Eternidad!

*Antonio Amundarain
Aránzazu 1935*